MADRID A PIE, UNA UTOPIA

DISCURSO DEL ACADÉMICO ELECTO

EXCMO. SR. D. MIGUEL DE ORIOL E YBARRA

Leído en el acto de su Recepción Pública el día 25 de noviembre de 1990

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ ANTONIO DOMÍNGUEZ SALAZAR



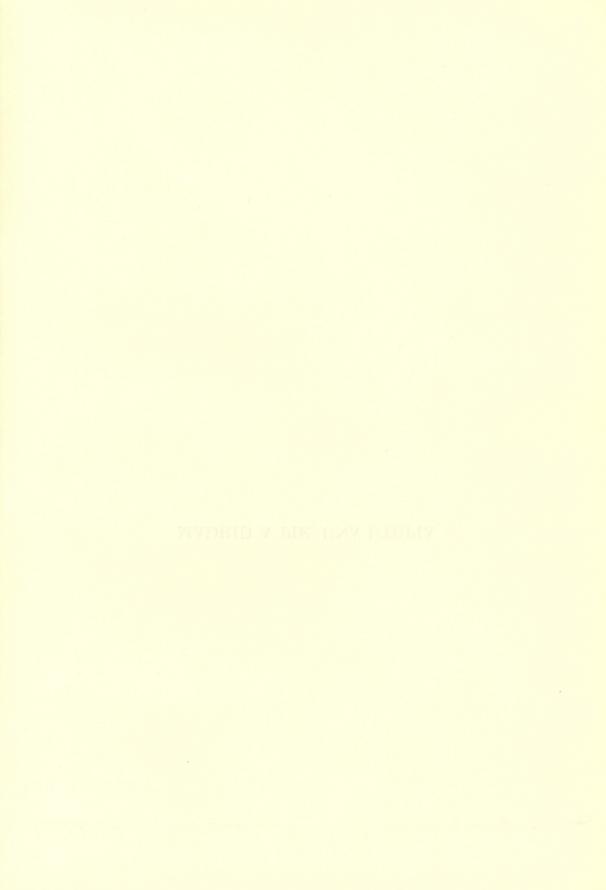
M A D R I D MCMXC





1. huadrid - Urbanismo - Estudios y conferencias 711 (464.1 M.) (042)

MADRID A PIE, UNA UTOPÍA



MADRID A PIE, Una utopia

DISCURSO DEL ACADÉMICO ELECTO

EXCMO. SR. D. MIGUEL DE ORIOL E YBARRA

Leído en el acto de su Recepción Pública el día 25 de noviembre de 1990

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ ANTONIO DOMÍNGUEZ SALAZAR



M A D R I D MCMXC



R. 13.674

MADRID A PIE, UNA UTOPIA

IXCHO. SR. D. JOSÉ ANTONIO DOMINGUEZ SALAZAR



Depósito legal: M.-41.004-1990

INDICE

	entovo	Págs.
Preámbulo		
1.	Su convocatoria	13
2.	Crecimiento	14
3.	Su modestia	15
4.	ESPAÑA, ESCENARIO INSPIRADOR. MADRID, CRISOL	17
5.	Madrid-Hispanoamérica	20
٥.	6.1. El eje este-oeste	20
	6.2. La plaza de Oriente	24
	6.3. La Castellana	27
7.	Madrid comprehensible	34
	7.1. Propiedad del suelo	34
8.	La Ciudad Lineal	35
9.	FIN DEL PROCESO URBANIZADOR EN OCCIDENTE	36
10.	SOCIOLOGÍA COMPARATIVA	37
11.	La ornamentación simbólica de nuestra capital	38
12.	Su localización	38
13.	JUSTIFICACIÓN HISTÓRICA	40
14.	Conclusión y utopía	41
INDICE DE PLANOS		
	Madrid, región urbanizada:	
	— La región y su viario	45
	— La ciudad y sus rondas	47
	— Los itinerarios peatonales	48

	Págs.
La Gran Vía: — Propuesta de terraza parcial	49
La Puerta de Alcalá: — Pintura de Lizcano	51 51
— Propuesta en tres dibujos de A. Ferreras sobre proyecto de Miguel de Oriol	52
La Cibeles: — Dos grabados nostálgicos	55
Propuesta en tres dibujos de A. Ferreras sobre proyecto de Miguel de Oriol	56
NEPTUNO: — Grabados del siglo xix que muestran el Museo de El Prado según su proyecto original	57
— Dos dibujos de A. Ferreras según proyecto de Miguel de Oriol	59
La Plaza de Oriente — Plantas, secciones y dos dibujos de A. Ferreras según el proyecto de Miguel de Oriol	61
DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ ANTONIO DOMÍN- GUEZ CALAZAR.	AM I

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. MIGUEL DE ORIOL E YBARRA

EXCMO. SR. D. MIGUEL DE ORIOL E YEARRA

DISCURSO

Señores Académicos:

No puedo ocultar mi emoción por encontrarme aquí, en este espacio dos veces secular, invitado con tanta generosidad a colaborar en vuestra enaltecedora compañía.

Mi abuelo parteno, cuya admiración mantengo, llegó a ser el más anciano de los arquitectos de España; mi hijo mayor ejerce, desde hace siete años, la misma profesión conmigo. Así que me siento eslabón, responsable en este punto, de una cadena cuya extensión al futuro me enorgullecería.

Creo que la razón más noble de una existencia está en la transmisión veraz de las creencias y saberes recibidos, enriquecida por los encuentros y presentimientos que uno pueda sumar al mensaje sembrador. Por la falta de nuevas certezas en mi cosecha, puse siempre la esperanza en el acierto y la confianza en el discernimiento de quienes escuhan y ven para no quedarme callado. Si siempre me resultaron difíciles la inacción o el silencio, hoy, con mayor razón, pongo en juego mi osada ignorancia para exponeros la esquemática utopía «Madrid a pie» a la espera del Gran Juicio, el vuestro, con la curiosidad que cabe suponer.

Esta curiosidad es muestra de la que me hizo vivir siempre en proyecto, aunque me interese la historia o, quizá por eso, porque me gusta. La historia es transición fecundante, revelación progresiva que se patentiza en la tradición. A la cual sigo con gusto al dedicar mi elogio a José María García de Paredes, antecesor mío en el sillón número 5 de esta Real Academia.

José María García de Paredes es una de las estrellas de la generación ejemplar que conectó a la arquitectura española con la vanguardia de occidente. Su dicción personal mantuvo siempre la serenidad que caracteriza una de las líneas específicas de nuestra arquitectura, en la que brillan los nombres de Juan de Herrera y Juan de Villanueva.

Uno de los primeros edificios que adquirieron carácter mítico en mis años de Escuela fue el del Colegio Mayor Aquinas que proyectó y dirigió en colaboración con Rafael de la Hoz. Rigor, sobriedad e inventiva amparados por una economía austera componen un modelo, entonces primicia en su tipología, bautizada con el nombre de «diente de sierra», hoy clásico. Su matrimonio con Isabel de Falla le incorporó al mundo de los especialistas en arquitectura de audición, para el que creó piezas de categoría universal como el Auditorio Manuel de Falla junto a La Alhambra de Granada.

Su testamento en Madrid, el Gran Auditorio, supone una poderosa y, al mismo tiempo, contenida aportación a nuestro patrimonio urbano, escaso en este tipo de obras maestras. La consistencia madura de las fábricas de ladrillo y granito en raciones opulentas y proporcionadas con vocación de permanencia, la amplia nitidez de sus espacios internos, su limpia ordenación y la Gran Sala, que, además de comportarse como una prodigiosa cámara sonora, es de escultórica belleza, conforman un valioso regalo a Madrid. Tanto como presume Berlín de Auditoruim de Scharoun, sorprendente en su planta de traza dinámica, podemos satisfacernos los madrileños del equilibrio estático del nuestro. La crítica no le ha hecho justicia.

La última vez que vi a José María García de Paredes, a quien nunca había saludado, fue en la Sala Villanueva del Prado, en la que, arrobados, escuchábamos a Montserrat Caballé en marco por él recreado con medidas tan ajustadas a la musicalidad que presidió su vida y su obra.

Sintiéndome en este momento sucesor suyo, otra vez nexo efímero entre generaciones, tomo el ejemplo de su discurso de ingreso en esta noble Institución para desear a quien venga detrás mío feraz contribución a las Artes de Españas, de Madrid en concreto que es de quien —pronombre personal para una ciudad con alma—me dispongo a hablar.

1. SU CONVOCATORIA

Hablar de Madrid me apetece. Nací en la Plaza de la Indepencia. Mi hermano mayor también nació allí pero, además, el 2 de mayo. Mis padres, él vasco-catalán de Santurce, ella vasco-andaluza de Sevilla, nos educaron aquí y me di cuenta de cómo querían a esta ciudad, acogedora entonces, en la que pasaban cosas; más cosas que en el resto de las ciudades de España. Así sentían muchos madrileños, la mayoría de origen foráneo cuyas familias se habían instalado recientemente aquí.

La capital sintonizaba con rara facilidad a las diversas Españas y se prestaba como escenario, en el que las regiones se crecían, para aplaudir con entusiasmo.

Desde siempre he sentido afición a comparar. Recuerdo, cuando de niños echábamos a pelear a Madrid con Sevilla. El Parque de María Luisa, el Retiro; el Guadalquivir, el Manzanares, carcajada; la Catedral..., silencio, la Semana Santa..., la Feria....

Pero Madrid, a medida que lo vivíamos nos resultaba más importante y, sobre todo, se hacía querer. Con el tiempo lo comparé a otras capitales del mundo occidental y ya, metido en faena, em-

pecé a soñar cómo debería ser. Desde mi modesta opinión, claro. Y busqué consuelo.

París y Londres —y no digamos Nueva York— son ciudades que deben su cuerpo básico, el que las prestigia, a un siglo de poder —no más—. Para París, el siglo de los Napoleones, para Londres, el de Q. Victoria, en el que materializan con ilusión el ideario y la manera de ser gestados a lo largo de milenios. Madrid, quiero creer, se está haciendo, vive «su siglo». (Lo que me anima a opinar, con osadía que queda paliada al haber comprobado, tras 31 años de oficio plenos de equivocaciones, lo certero que es un pueblo para elegir consejo: cómo desprecia las pedanterías técnicas que planteamos los especialistas y cómo, en cambio, escoge las soluciones nacidas de la escucha atenta de sus problemas. Pegando el oído a tierra me ha parecido oir lo que les cuento):

Madrid, pueblo hasta Felipe II, estaba acostumbrado a recibir reyes. Cuando 1561 el Rey la hace capital de un imperio, capital sin río, unos 13.000 habitantes. España ya vivía su unidad (cuando Francia, Inglaterra, Alemania o Italia todavía la deseaban) y su extenso poder. Madrid se convierte así en sede permanente de una corte antes itinerante en función de la Reconquista. Corte que había recalado a menudo en El Alcázar madrileño al que tan aficionado era Enrique IV, cazador impenitente por los Montes de El Pardo. (No se me olvida el primoroso políptico de Juan de Flandes, altar de campaña de Isabel la Católica —hoy en el Palacio Real— porque aquí paraba mucho aquella gran reina).

Así que, Madrid, que tenía su solera, su estilo, era pequeño y tuvo que crecer deprisa.

2. CRECIMIENTO

En el reinado de Felipe II llegó a tener 150.000 almas, es decir, multiplicó por once su población en 42 años (no contando más

que los bautizados en una ciudad en la que convivían, mal que bien, distintas religiones) ¹. Esta expansión acelerada le dio una fisonomía anárquica que se convertiría en una de sus constantes.

Su población fluctúa alrededor de los 200.000 habitantes hasta 1800. Las reformas estructurales de Carlos III en la segunda mitad del xvIII, junto con las planes de José Bonaparte, el «rey intruso», entre 1803 y 1813, preparan su maduración a lo largo del siglo pasado, terminando con 500.000 habitantes. Presenta entonces, ya, un carácter muy definido, tanto en lo humano como en lo urbanístico.

3. SU MODESTIA

Su capitalidad se establece cuando España comienza una decadencia. Desde su cénit (heredado por Felipe II del Emperador), hasta nuestros días, Madrid se siente representante de un país que debe dinero, lo que queda reflejado en su cuerpo arquitectónico (esencialmente modesto). Madrid se cuida mucho de no ofender. Cuando Oviedo, Santiago, León, Salamanca, Cáceres y Sevilla, Córdoba, Granada, Barcelona, Segovia, Toledo, Ávila y San Sebastián, cada una en distintas épocas, pero todas en la suya, se visten de piedra y aderezan con esculturas y bellos complementos los parajes relevantes de su cuerpo, Madrid se construye parca, con fábrica de ladrillo y mampostería, reservando para algún palacio los pocos sillares de sus portadas, zócalos y esquinazos. Madrid no tuvo más que el Manzanares —ni menos— para fertilizar una riqueza agrícola anterior e independiente de su status político.

Madrid no fue capital de reino en la Reconquista ni de Estado medieval como *Florencia*, *Milán*, *Venecia*, Mantua, Ferrara, Urbino, etc., en Italia, ni feudal como Marsella, Burdeos, *Lyon*, *Mu*-

¹ Esta cifra no es compartida por todos los autores, hablando algunos de 90.000 habitantes (Carbajo Isla) e incluso de 65.000 (Domínguez Ortiz y Alvar Ezquerra).

nich, Augsburgo o Frankfurt, ni mucho menos, centro de gravedad nacional como lo fueron siempre Londres, París y Roma. Y, sin embargo, Madrid habría de presidir un imperio inmenso durante 250 años, lo que enseña con donaire en su arquitectura de ciudad venida a menos en su ir a más.

En Madrid y sus alrededores no hay arte románico (salvo alguna cosilla en Talamanca [2 ábsides]), cuando en Ávila, Segovia, Guadalajara y Castilla toda deja considerable muestra aquella arquitectura cristiana. De tiempos anteriores a su rango capital quedan San Nicolás, San Pedro, San Ginés, San Jerónimo y la Capilla del Obispo, la única en piedra (pero hay que asomarse al interior para ver su retablo de Giralte y darse cuenta de la honesta nobleza de su fábrica y de sus nervaduras platerescas).

Cuando Madrid es elegido ya tienen catedral sus hijas Santo Domingo, Méjico y Lima y, a pesar de que la pretende desde entonces, es ahora cuando parece que se culminará tan dilatado proceso (Carlos I obtuvo de León X cédula de 23 de julio de 1518, pero se opuso el cardenal arzobispo de Toledo Guillermo de Croy. Felipe III la recibió de Clemente VIII; en esta ocasión quien se negó fue el cardenal Rojas Sandoval. Felipe IV llegó a colocar la primera piedra, el 15 de noviembre de 1663, de una que nunca se habría de construir, aunque contara con solar y dineros reales procedentes del testamento de la reina Isabel de Borbón. Por fin, es León XIII en 1885 quien permitió la construcción que está en marcha).

Si Alejandro Magno destruyó Persépolis para apropiarse de sus tesoros; Roma trajo los obeliscos egipcios para embellecer sus foros; Los Médicis coleccionaron joyas de Oriente para vestir Florencia; Napoleón mejoró la faena en las riberas del Nilo; Inglaterra y Alemania en los siglos XVIII y XIX se rodearon de lo mejor de Atenas y del imperio Hitita y Soult y Wellington aprovecharon su viaje por España, ¿cuál es la muestra artística que se trajo

Madrid de Hispanoamérica de la que se le ha acusado como expoliadora? Y no será porque fueran feas las cabezas olmecas o la orfebrería peruana ni porque no apreciaran la belleza los reyes de España, electores de la mejor pintura universal. Madrid es humilde, sencillamente.

4. ESPAÑA, ESCENARIO INSPIRADOR. MADRID, CRISOL

Nación peninsular en la que confluyeron culturas: hija de Roma y del Oriente, por la ruta sur del Mediterráneo en sus artes medievales, influida más tarde por los artistas flamencos o italianos que venían de la mano de nuestros reyes, educados en esos aires, fue escenario probado en el que los autores importados se sublimaban. La mezquita de Córdoba, La Giralda y La Alhambra son piezas máximas de la arquitectura. De los conjuntos urbanos que pertenecen «oficialmente» al patrimonio artístico universal, España tiene (los cascos antiguos de Toledo, Santiago, Cáceres, Segovia, Ávila, Salamanca) un porcentaje superior al que le correspondería proporcionalmente². En todos ellos sembró algún maestro internacional que, probablemente, se superó a sí mismo pero, después, le siguieron los nativos que consideraron normal lo que en aquél había sido dictado por la circunstancia extraordinaria y lo mejoraron. En cualquier caso, el maestro extranjero se quedaba aquí a comprender su nuevo entorno, que ya se haría permanente para adecuar su arte y fundirlo con él o, por contraste, cantar su aria máxima ante este auditorio: el nuestro. Los Guas,

* Parque y Palacio Güell y Casa Milá en Barcelona.

* Catedral de Burgos.

* Mezquita de Córdoba.

* Cuevas de Altamira.

* Arquitectura mudéjar de Teruel.

² Otros monumentos de España en la lista de Patrimonio Universal:

^{*} El Escorial (Monasterio y Sitio).

^{*} Alhambra y Generalife en Granada.

^{*} Iglesias prerrománicas del Antiguo Reino de Asturias.

Egas, Siloes, Juni, etc. ³, tienden a morir en la España que encontraron; incluso Carlos I quiere acabar en Yuste hablando español. Nada que ver con los que proyectan desde lejos y se enteran desde allí de la terminación de «su obra». Domenico Theotocopulos, cretense, se hace realmente «El Greco» en Toledo. Y Velázquez, cuando se va a Roma y «ve», vuelve para, ya, pintar solo. En su época de El Aguador está echando un pulso tenso con los napolitanos. Después, oreado, planea sobre el Olimpo, ya no mira sino a su abonado interior donde florece cosecha de vanguardia, de futuro. Esto ocurre en Madrid con un sevillano que, eso sí, ha enriquecido su mirada en el mundo.

Sevilla, que siempre fue tierra de pintores (y más desde el Descubrimiento, con su escuela de Pacheco que dio los nombres de Céspedes, Roelas, Herrera, Velázquez, Murillo, Zurbarán, etc.), administraba con el color la euforia que suponía la llegada, Guadalquivir arriba, del tesoro americano. Al atender la llamada del Conde Duque a D. Diego, da la alternativa a Madrid. Moro, Sánchez Coello y Pantoja habían preparado con noble austeridad y elegancia el camino de la luz y la verdad que aquí encontraría el genio sevillano. El color permanecería ya para siempre en esta corte en la que el asturiano Carreño gritaría sus azules y rojos sobre el cuerpo enano de Carlos II el Hechizado.

Barcelona, la otra gran ciudad de las Españas, capital marítima del reino de Aragón, construía con solidez y estilo que trascendía de sus fronteras hacia Mallorca hasta Sicilia. Pero aquellos pinceles suyos, que habían ilustrado el Románico y que después volverían por sus fueros desde la mitad del XIX en adelante, guardan un largo silencio misterioso. (Valencia es la sola voz constante en Levante mientras Madrid joven hace pintores).

Me llevé un disgusto cuando vi las pechinas pintadas por

³ Guas (m. 1495), Egas (m. 1534), Siloes (m. 1563), Juni (m. 1577).

⁴ Antonio Moro (1519-1576), Sánchez Coello (1515-1590), Pantoja (1551-1610).

J. B. Tiépolo que se exhiben en el Museo de la Academia de Venecia: «Ya he visto al padre del Goya de San Antonio de la Florida», me dije, hasta que volví con curiosidad renovada a la ermita y me recreé en la fuerza incomparable del aragonés madrileñizado, cuya expresividad superaba con holgura a su émulo. No ocurría lo mismo, claro, y ¡qué dolor! con su virtuosismo. Giaquinto, como los Tiépolo, Sachetti y Sabatini crean su obra mejor en Madrid (La Puerta de Alcalá, fruto de un largo proceso en su diseño, es, creo yo, de belleza única). Así les pertenece una buena parte en su autoría.

Si mucho significaban los Estados Unidos de la postguerra cuando sirvieron de marco en el que cristalizaron Von Braun, Teller, y, tantos más, mucho también era esta capital cuando hacía suyos a aquellos maestros.

5. MADRID-HISPANOAMÉRICA

Pero a Madrid hijo, buen alumno y escenario inspirador le llegó la vez y tuvo que ejercer de madre magistral en las normas artísticas que se habían de aplicar al Nuevo Mundo. Y desde aquí parten las luces que resplandecerían con acento propio en cada uno de aquellos pueblos de expresión ampulosa y extrovertida. Da pena leer a Gasparini ⁵—intérprete italovenezolano de la historia arquitectónica de aquel continente— queriendo atribuir la paternidad del barroco hispanoamericano a los grandes del recocó bávaro y austriaco—Zimmerman y Neuman— cuando no tiene más que darse una vuelta por casa, por Madrid quiero decir. Las Descalzas Reales que son más, mucho más que si fueran de piedra—llevan en su cuerpo toda la gracia—, fueron adaptadas por Sillero y J. B. de Toledo, desde su vieja condición de palacio de los Reyes de Castilla, para convento. Intervenieron en su decoración, Leo y Pompeo Leoni, y Pellegrini que darían pie a que Claudio

⁵ Graciano Gasparini. América barroco y arquitectura.

Coello, Pereda, Gaspar Becerra y tantos otros resolvieran con modos muy suyos la más madrileña de nuestras piezas arquitectónicas. En ella se siente de forma particular y decorativa el eco del diálogo hispanoamericano. Y, si le quedasen dudas, desaparecerían ante las obras de la familia Churriguera y de Ribera, inspiradoras, en parte, de aquel arte americano que delira en su temor al vacío (*Tremor vacui*).

6. LA CRUZ DE ARTERIAS HISTÓRICAS MADRILEÑAS

6.1. El Eje Este-Oeste.

Madrid tiene una identidad nacida de la simbiosis de su población humana (de talento y atractivo distintos, propios de su origen diverso a lo ancho de la península) con esa historia que he sintetizado en un marco de características físicas y topográficas propias. Su densa trama urbana es hendida por una gran cruz viaria asimétrica de brazos múltiples y complejos que corren: el de Sur a Norte, a lo largo de la Castellana en sus varias denominaciones, desde Atocha hacia el pueblo de Fuencarral; y los de Este a Oste, desde el Retiro, buen parque de su Palacio hasta el Campo del Moro, jardín del suyo, hoy Palacio Real. Estos dos trazos que destacan en el plano han sido el escenario de su vida más significativa y, en consecuencia, el soporte de su arquitectura. A ellos dedicaremos la siguiente reflexión, como si fuéramos de paseo.

No podemos olvidar que si Felipe II —el primer Felipe español— eligió a Madrid como su capital, tuvo sus veleidades con Aranjuez y posó su amor en El Escorial; el tercero, al que no nombró, no supo ni lo que quería: se la llevó a Valladolid y tuvo que ser Felipe IV el que de verdad la señalara con su amor. Empecemos a caminar de Este a Oeste por «El Retiro» donde dejó su sello indeleble, locura imaginativa y de rey poeta. Le aburría y entristecía El Alcázar que olía al Toledo arcaico, mixto de convivencias y reconquistas. Era un hermoso e imperial olor pero lejano de los

aires de frescura artística, a un tiempo culta y popular, de los espectáculos de intemperie que a él le gustaban. Así que construyó su nuevo Palacio ayudado por el enérgico Conde-Duque. Endeudado —es dramático el relato de Elliot— se contenta con escaseces arquitectónicas, pero las embellece con jardines y artes móviles, menos costosos. La obras de Velázquez, Zurbarán y Maíno, su maestro de dibujo, serían inversiones que multiplicarían por cientos su cotización. Pero más importante que el precio es el estilo que Madrid adopta al acoger a artistas de porte joven e innovador. Amante, por otra parte, de lo umbroso de El Prado en contraste con el secarral castellano, planea un parque con ambición escenográfica que admira si lo comparamos con nuestra mezquindad contemporánea; se trae a los más famosos proyectistas —Crescendi entre ellos— para trazarlo; organiza teatros y conciertos, autos sacramentales y procesiones; siembra, en resumen, una semilla impalpable que conformará la médula del carácter madrileño. Madrid olvida su clasicismo espartano (el de los Covarrubias, Herrera, Luis de Vega y F. Mora y, en cambio, hará uso extenso de la elegancia de su sobrino Gómez de Mora) de la mano del mejor retratado de los Augsburgos y se hace ciudad al son de Francisco I y los Médicis en sus fiestas leonardianas de Blois y el Arno. El «Estangue» fue de tal modo agradecido por la ciudad sin río que, con el tiempo, sería rodeado de caprichos arquitectónicos. El monumento a Alfonso XII es uno de sus símbolos inconfundibles. Benlliure, presidiendo a los mejores escultores de la época, y sobre provecto de Grases Riera (arquitecto interesante en la historia madrileña, autor del Palacio Longoria, hoy Sociedad de Autores), resuelve allí, en parte, el hambre de ornamentación en piedra y bronce que Madrid siente. El Palacio de Velázquez que lleva el nombre de su autor, cuya medalla en esta Real Academia me honraré en ostentar, y el Palacio de Cristal son otros atractivos aderezos en este inicio oriental del camino que nos llevará hasta la Plaza de la Almudena. Está envuelto en belleza nuestro acercamiento al Casón para, pasando a su vera, dejar a mano izquierda la Academia de la Lengua y San Jerónimo y a la derecha, el Museo del Ejército (lo que queda de aquel palacio) que Felipe quiso enriquecer con la pintura que hoy vemos colgada en El Prado y llegar al foco magnético, núcleo de la cruz, presidido por Neptuno. Allí aparecen, ya en tiempos de Alfonso XIII, los dos mejores hoteles de España, dignos servidores del conjunto museístico formado hoy por El Prado y el Palacio Villahermosa para compartir una de las plazas señeras de Europa.

Con el barrio histórico-literario de imprentas, conventos e iglesias entreverados con el mundillo del teatro y los anticuarios, a la espalda, nos paramos ante el Congreso de Diputados. Isabel II tuvo tres acciones urbanísticas que determinarían la estructura cívica de la capital. La primera fue el emplazamiento de la Cámara legislativa que adjudicó a la Carrera de San Jerónimo la conciencia política del país, justo a la mitad del paseo que seguimos, con la Banca a ambos lados, en dirección a Sol.

El viejo cruce de caminos ha sido lugar de encuentro diario de más de 500.000 personas, dos tercios de la población durante la primera mitad del siglo xx. Las gentes de la región se apeaban de los autobuses cerca y los ciudadanos afloraban de las bocas de metro. Allí mismo estaban los cafés *Imperial*, Universal, Oriental, Colonial, *Correos*, Levante y Nuevo Comercio, e inmediatos en Alcalá, *el Fornos*, Madrid, Recreo, *Cervantes*, etc. En un kilómetro a la redonda podrían contarse 65. Se discutía de toros, de fútbol, de política, de actualidad. Desde 1950, Madrid desatiende este espacio vital que no se resignaba a dimitir y desplaza, con intención equivocada a mi modo de ver, su centralidad hacia el Norte.

La Puerta de Sol, que tiene una arquitectura vertical sencillamente discreta (el edficio de Marquet quedó desproporcionado con la adición del edículo que incorpora el reloj popularmente asumido), ha sido un ámbito urbano moldeado de modo continuo por el mejor de los arquitectos: la historia. La más reciente de sus reformas no es sino el primer paso de un proceso revitalizador de la zona que, ahora acertademente, se siente venir.

No hay capital que se precie y renuncie a su centro histórico y aquellas que, en nuestros días, lo han reanimado categóricamente —París, Munich, Viena—, han recibido respuesta emocionante. París, que lo descuidó tras la segunda guerra mundial, recuperó, con De Gaulle, el emplazamiento de su orgullo cívico. Después, la suma de acciones que Pompidou, Giscard y Miterrand concentraron en él, le han devuelto la capitalidad occidental. Sus decisiones determinantes han sido: la reordenación circulatoria haciendo énfasis en el transporte colectivo de subsuelo; la canalización hacia el antiguo corazón urbano —Les HALLES— de las gentes que, procedentes de la región, vienen a diario a trabajar a París; y el enriquecimiento cultural-museístico de las áreas centrales deprimidas que han revitalizado su magnetismo universal. Los parisinos agradecidos tienen a su ciudad limpia y reluciente -nadie tira papeles-, silenciosa -hasta la policía y las ambulancias controlan sus sirenas—, los vértices de sus verjas resplandecen en sus oros y sus jardines cuidan en rigurosas geometrías las flores de temporada, lozanas y fragantes de aroma y color.

Madrid nunca lo tuvo claro. Su corazón original, por ser de atalaya alejada del río, no coincidía con su centro geométrico. Al crecer, en proceso biológico sano, primero hacia el Buen Retiro y después por la vaguada de Castellana hacia el Norte, se alejaba de sus principios. Hoy, si se revaloriza la vieja Almudaina, el resto de los barrios cordiales se aprestará a competir, a acicalarse, a presumir.

Como vamos deambulando hacia la Plaza de Oriente no nos resulta incómodo ojear la Plaza Mayor en la que se aprecia el talento de Gómez de Mora, tanto en su visión de conjunto, como en la resolución del desnivel entre la Plaza y la Cava de San Miguel. También nos adentramos en la Plaza de la Villa que, escueta y sin jardines, es vestíbulo apreciable desde que se prohibió en ella el automóvil, de un barrio sabroso en su arcaísmo, de los pocos que invitan en nuestra ciudad al paseo. Después nos acercamos a la Encarnación, monasterio acostumbrado a sentirse unido a Palacio en superficie y por galerías subterráneas, que mantiene su regia presencia tras pétrea fachada eclesial. Todos los años se licúa en su relicario la sangre de S. Pantaleón que, aunque nada tiene que ver con S. Jenaro, emparenta en alguna medida a Madrid con Nápoles. Carlos III acercaría más tarde a ambas ciudades.

6.2. La Plaza de Oriente

Por fin llegamos a la Plaza de Oriente con la impresión de haber pisado toda una capital de Imperio pero muy necesitada de cariño.

El largo proceso impulsado por José Bonaparte culmina en el reinado de Isabel II —otra de las acciones positivas que la engrandecen como reina madrileña— con la inauguración del Teatro de la Ópera y de la Plaza en la que recibe Madrid una plataforma de concurrencias y posibilidades excepcionales.

Cuando 200 años antes se termina el palacio poyectado bajo Felipe V se alegró la adusta silueta de nuestra ciudad. La luminosidad de la piedra de Colmenar y el claro granito segoviano, más ligeros que el travertino de Tívoli, definen un volumen rotundo y, a la vez, bellamente recortado contra el cielo. Juvara había dibujado un grandísimo palacio asentado sobre el correspondiente basamento, despectivo con la topografía del lugar. Juan B. de Toledo y Juan de Herrera habían compuesto una frase de calibre semejante en El Escorial pero, si allí tallaban el ciclópeo asiento en granito de la sierra, aquí había que rellenar la incierta falda terminal de una ciudad que quería quedarse en lo alto. El rey reduce con Sachetti la magna pretensión, pero respeta

el concepto geométrico que señala el perfil occidental de Madrid de modo definitivo. Se afirman así dos de sus cualidades diferenciales más pronunciadas. Por una parte, Madrid es tan guapo desde el Manzanares que desde allí lo pintarían Goya, Lucas, Beruete, Lupiáñez y tantos más (se suma a Toledo, Segovia, Cuenca, S. Gimigniano y Monte-Pulciano a mirar y a ser mirada). Y por otra, el desnivel resultante entre la cota urbana consolidada y la vega llana del río empujaron el crecimiento urbano hacia el Este. Además, los grandes parques reales —La Casa de Campo y El Pardo— harían el papel de límite verde, fronterizo de la edificación, y completarían la individualidad de la ciudad con esta virtud única: su borde súbito. Se asombran los sabios de que (desde la Plaza de la Almudena, de espaldas a Felipe II que de esta guisa se pierde su obra), puedan divisar en días claros El Escorial con sólo bosques de por medio, es un decir, allá a lo lejos.

Las ciudades han crecido por lo común como manchas de tinta que se extienden circularmente desde su origen, excepto los puertos que se desarrollan limitados en su forma por el agua. Madrid se asemeja a éstos sustituyendo el mar por un bello monte de encinas que se hubiera erigido en pulmón central si la ciudad lo hubiera sabido rodear. Pero era más rentable, momentáneamente, desde un punto de vista político, en envolver a un parque con otros. Lo conveniente hubiera sido el crearlos donde no existían, donde la población densamente localizada los necesita y, en cambio, hacer cumplir con su vocación de verde cordial (el que hizo a Madrid Corte) al que allí estuvo desde siempre: La Casa de Campo más El Pardo. Un Madrid Norte y Oeste apoyado en nuevos complejos terciarios, parques empresariales como ahora se llaman, que tonificaran el pulso central de los viejos pueblos, cuya razón de ser agrícola y ganadera se había desvanecido, se hubiera sentido más distendido, más humano, alrededor de las 17.000 hectáreas de bosque suculento disfrutado hoy de modo marginal.

Pero desde que la revolución industrial disparó el crecimiento

urbano, las gentes se hacinan junto al foco retributivo. Madrid, que decidió tardíamente su gestión industrial, pudo haber situado a sus generadores de modo más sabio. Sin embargo, su sistemática localización meridional taró su desarrollo, tanto físico como social. Todavía (con la sola aplicación en las futuras zonifaciones de la experiencia universal), puede redimirse centrando esta inmensa finca Patrimonio Nacional en el corazón de su Futuro.

Habíamos llegado a la Plaza de Oriente. Volvamos a ella: su arquitectura humilde -una vez más-, aunque digna con la sobresaliente presencia de Palacio, responde en su traza a un provecto global de envergadura inhabitual. Más ambiciosos fueron aún los de González Velázquez y Silvestre Pérez en 1811, lo que demuestra la potencialidad inspiradora del marco. (Planeaba Pérez un conjunto de tres plazas o grandiosos patios en sucesión a la Plaza de la Almudena, rodeados de edificios administrativos que comunicarían por un viaducto, situado al oeste del actual, la fachada principal del Palacio Real con San Francisco el Grande al que se abriría una nueva portada orientada a la citada secuencia de espacios. Ambos monumentos se adivinarían desde lejos a través de las distintas arquerías que, con dos galerías transversales, definirían los tres ambientes. Incorporaba Silvestre Pérez las influencias lógicas que presidían las reformas contemporáneas en París y Washington [Lenotre], pero su compartimentación del área hispanizaba su homenaje a la arquitectura oriental, con escenografía que recuerda a la del Taj-Mahal). Su realización hubiera extendido la cornisa oeste de Madrid haciéndola aún más admirable y rotunda.

Ya que he recordado la influencia que DE GAULLE ha tenido en el resurgir de París, cito aquí su frase: «no tiene derecho a un glorioso futuro más que aquel que lo proyecta». Madrid, que representaría al mundo hispánico en Europa, vería desde aquel mirador a espaldas de don Felipe su sueño de macrocapitalidad regional hecho realidad: la gran mole escurialense como remate de

la carretera de La Coruña, continuación de la calle Mayor, que venimos comentando. Hoy la usan, con diario colapso, los que pudieron elegir el paisaje de su vivienda y tenían medios económicos para ello. Parece aconsejable tomar buena nota de tan mayoritaria insistencia para ordenarla con mesura en torno a aquellos imanes laborales de los que hablaba y completar la variedad de su espectro social.

6.3. La Castellana

Terminado nuestro recorrido desde el Retiro, con el Campo del Moro a nuestros pies, damos un gran salto que nos depositará junto al Botánico al principio del valle que nos llevará al Norte. Empieza en Atocha, en la Estación de ferrocarril que se situó inmediata a la vieja Basílica de la Virgen. El sistema ferroviario, que penetró en superficie hasta el actual ecuador madrileño, hirió sectorialmente la unidad circular de la ciudad. Hoy está siendo objeto de una transformación que reunirá labios que nunca debieron escindirse, para posibilitar la continuidad de los cinturones circulatorios (y aclarar nuestra estructura viaria). Paseamos a lo largo de la verja admirando la sombra que arrojan nobles y exóticos árboles, pisando ya el más emblemático de nuestros espacios urbanos.

Carlos III, madrileño de nacimiento, vino de fuera a ordenar nuestra ciudad. Su hermano Fernando VI, pacífico y enamorado, le había preparado el terreno. Incluso le había personalizado un barrio con el rico monasterio de Las Salesas, de piedra y con acento italiano. Después de sus 16 años napolitanos sabía que una ordenación no queda completa sin ornamento. El había sido impulsor personal del descubrimiento de Pompeya, había proyectado con los grandes arquitectos de la época —Van Vitelli entre ellos—el Palacio de Caserta y —transcendental para Madrid— sus espléndidos jardines. Tenía, por tanto, una trayectoria intelectual con la que cumplir y que le había ganado el aprecio de sus súbdi-

tos italianos. A Madrid viene este rey internacional y, naturalmente, elige bien a quienes le habían de servir como arquitectos.

Ventura Rodríguez, del que el rey se alejaría, y don Juan de Villanueva —no le sé quitar el don— son, con Sabatini, los que en el último cuarto del siglo xvIII enriquecerían con sus mejores obras este umbroso soto madrileño, adjudicándole un lenguaje propio sobre el trazado de Hermosilla. Jiménez Caballero diría que «el granito —la piedra de los romanos—, el ladrillo —la fábrica de los árabes y los judíos— y la pizarra, materia de cubrición germánica, serían las bases de una nueva arquitectura madrileña» (Montoliú). Aquellos se le adelantaron siglo y medio.

El Salón del Prado, gestado a la largo de 200 años, se presentaría como otra de las sustancias individualizadoras de nuestra capital. Por mucho que la comunicación universal uniformice estilos, la idiosincracia e historia de un pueblo, la topografía, clima y geología de un lugar, imponen un urbanismo y una arquitectura que tienen, o no, convocatoria. Don Juan y don Ventura —aquí también lleva el don— asientan y valorizan la que ya ejercía El Prado con la tertulia entre Cibeles, Apolo y Neptuno a un lado y el Botánico al otro del espléndido Museo. Este conjunto, por sí solo, crea ciudad.

Don Juan de Villanueva 6, armonizando proporciones y materiales, interpreta a Palladio en idioma genuino, madrileño, incontaminado por cualquier otro acento europeo. (Son bien conocidas las innumerables y sutiles derivaciones que el maestro de Vicenza generó en Inglaterra —Jones y Adams— y más tarde en Estados

⁶ Mis comentarios sobre Villanueva proceden de la impresión sensual —la que entra por los ojos— de su obra. Su parentesco con Palladio es más claro, a mi entender, que con Juan de Herrera, la antigüedad o cualquiera de los otros grandes cuya obra conoció a lo largo de sus seis años italianos.

Los análisis rigurosos e intelectuales de Fernando Chueca y Sambricio cubren este campo de modo admirable con el cotejo de plantas, secciones, alzados y detalles. Me complace comprobar al releerlos que no me contradicen, lo cual me confirma en aquello de que «antes de la primera razón hay una sensación».

Unidos, así como las adecuaciones de escala, matización del color y calidad de vida que los arquitectos del Norte supieron extraer de su lección). A gran formato compuso la estructura y expresión externa del Museo. Parece que siempre hubiera estado allí: los ciudadanos de cualquier clase que acostumbraban a caer por aquel bajío a charlar, presumir, a pie, a caballo o en carroza, a ligar amores o sonetos, a enriquecer las ideas y el idioma, se centran ante tan singular obsequio.

(No muy lejos, enfrente da la Iglesia de San Sebastián, esta vez a escala media, nos dejó otra muestra de su arquitectura insigne, el Caserón del Conde de Muguiro. Podría competir en belleza con cualquiera de los palacios romanos levantados 250 años antes). Pero es que, a escala menor, construyó las casas de Príncipes e Infantes en Aranjuez y El Escorial que inventan una mínima dimensión a la vida palaciega, manteniendo un rito geométrico de una impronta suya que se hará madileña. No olvidemos que, tanto Aranjuez como El Escorial, son dos de los más bellos barrios de la capital, como lo entendió Felipe II que dividió en tres su proyecto de corte.

Gutiérrez Soto —160 años más tarde— tomaría el testigo de Villanueva para conectar de inmediato con este pueblo certero, tanto al nivel de los magnates en sus inteligentes réplicas de aquellas casitas reales o en el Club Puerta de Hierro, como al del diseño urbano en la entrada que abrió a Madrid desde la Ciudad Universitaria, intemporal e integrada en nuestro tejido urbano.

Pero estábamos en el Salón del Prado. Ventura Rodríguez se muestra en él (Prado) como un gran ordenador. Su localización de los tres dioses mitológicos, la distancia entre ellos —«que casi no llegue la voz»— nunca debió ser descompuesta. Todos sabemos que Cibeles y Neptuno se ojeaban bajo la mirada elevada de Apolo y que ambos eran el centro alrededor del que se giraba, o se estaba en amable complacencia, en los dos extremos del Paseo. Ventura había intentado institucionalizar una costumbre popu-

lar, ordenando las alamedas y situando los argumentos precisamente allí donde se habían hecho necesarios. Tuvo tal éxito, que Madrid lo elegiría como su fundamental estancia de intemperie. Podría haberse desarrollado poblando los espacios que Carlos III había estructurado con los paseos de Ronda, los Olmos, las Acacias, etc., camino del Manzanares, dirección Oeste; pero no, la nueva burguesía y la aristocracia prefirieron vivir alrededor de San Jerónimo y extender aquel bello Salón, por el Paseo de Recoletos, convertido así en su arteria axial.

Fernando VII vuelve a intentar, con la implantación de la Puerta de Toledo, la creación de un foco que aglutine ciudad en su entorno. Madridi, sin embargo, se siente imantada por la tertulia olímpica que —hasta fines del XIX a lo largo de 100 años de gloria— juega el papel para el que fue provectada. Pero, si los romanos siguen bañándose en la Fontana de Trevi y acariciando a los Berninis de la Plaza Navona, como los ingleses a sus estatuaria de Trafalgar Square y los franceses a los grupos mitológicos de las Tullerías (y si tanto los unos y los otros pasan bajo los arcos de Tito, Trajano, e incluso rinden su homenaje al héroe en la Plaza de L'Etoile), los madrileños fuimos, en cambio, de una insolencia injustificable. Con el cambio de siglo movimos a nuestros dioses: ya no se miran, los ahogamos en ríos procelosos de ruidos y humos que nos separan de ellos para no verlos ni oírlos, ni mucho menos disfrutar de las aguas de sus fuentes (y dejamos de pasar a ritmo de andancia bajo los ojos de la Puerta de Alcalá que nos llevaba a los toros). Y para completar nuestra hazaña, hicimos a Cibeles y Neptuno cómplices de la inmensa herida que rasga y divide en dos a la ciudad. A pesar de lo cual seguimos insistentes en consumar nuestro abrazo social allí mismo, en las terrazas que hoy disponen sólo de un espacio lateral e intermitente.

¿Cuál sería su éxito si se nos ofreciera un paseo continuo en el que las plazas, de nuevo adjudicadas a los paseantes, fueran los centros de gravedad del encuentro? La querencia de los madrileños persite en el XIX. Cuando Isabel II, ante la crisis económica que sufría España, decide regalar al Estado el 75 % de la venta de los bienes de la Corona, entre los que está «El Retiro», en abril del 65, recibe una contestación increíble por desagradecida de Emilio Castelar en su artículo de «La Democracia», titulado El Rasgo, que la acusa de haberse quedado con el 25 % restante (Montoliú). (De este tipo de generosidad, proverbial en los Reyes de España, Madrid tiene experiencias más recientes: cuando Alfonso XIII promueve la Ciudad Universitaria regala de nuevo una parte sustancial de los terrenos. Eran los tiempos en los que don Juan —un grande entre reyes— pasaba frío en aquellos dormitorios sin calefacción del Palacio madrileño. No es de extrañar que la fortuna de la Casa Real Española, tras 800 años de servicio, tenga poco que ver con las de las reinas de Inglaterra y Holanda) 7.

Madrid se hace cargo en el 65 del gran parque y urbaniza la franja que media entre Alfonso XII y el Prado con tres calles paralelas y diez perpendiculares, más dos plazas, las de Independencia y Lealtad que inmediatamente pasan a ser barrio residencial de quienes aprecian la calidad de su origen. El gobierno de la reina toma la última de sus decesiones urbanísticas (las anterio-

⁷ Patrimonio de la Corona (hoy Patrimonio Nacional).

La vigente Ley del Patrimonio Nacional, de junio de 1982, lo define como el «formado por un conjunto de bienes y derechos de titularidad estatal afectados al uso y servicio de S. M. el Rey y la Familia Real para la alta representación que la Constitución y las leyes les otorgan para luego, y mientras ello sea compatible con lo anterior, servir al pueblo español como vehículo de cultura, docencia e investigación».

En cuanto a su evolución, son las Cortes de Cádiz las que concretan los patrimonios respectivos de la Nación, el Rey y la Corona.

La Segunda República mantuvo los bienes del Patrimonio bajo el nombre de Patrimonio de la República como una unidad separada y distinta de los demás bienes del Estado.

A lo largo de los años se han sucedido numerosas desarmortizaciones de los bienes de la Corona, pasando muchos de ellos al Patrimonio del Estado (la Alhambra, el Museo de El Prado) o a los de los municipios (la Casa de Campo entre otros).

Don Ramón Andrada Pfeiffer. Discurso leído en el acto de su Recepción Pública en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

res ya comentadas, habían consistido en terminar, el mismo año 1850, el Teatro Real y la construcción del Palacio de Congresos) y opta por seguir la vocación ciudadana que quedaría así aún más claramente acentuada al localizar el Palacio de Museos y Bibliotecas —la Biblioteca Nacional— que se terminaría en el reinado siguiente, 1866, donde hoy lo apreciamos junto a la Plaza de Colón.

La Castellana avanza, con este hecho definitivamente, como bello eje ondulante que se dirige hacia el norte, incorporando perpendicularmente las calles que irán estructurando el crecimiento de la capital. En cada uno de sus tramos se han ido incrustando argumentos identificadores que crean una secuencia de interés.

El Ministerio de Marina, en el que dialogan dos épocas, repite el ejemplo de San Andrés y San Isidro. (Concluida esta capilla en tiempos de Carlos II, suponía un acuerdo prodigioso entre arquitecturas muy distintas). Armonías, por contraste, habituales en España e Italia que dejan siquiera algunos buenos recuerdos del reinado del Hechizado (en el que también se terminaría otra joya eclesial, San Antonio de los Alemanes o de los Portugueses —que de las dos formas se llamó— con su cúpula elíptica y el tesoro profuso de sus frescos, sólo posible en el Madrid de Carreño).

Los Palacios de Buena Vista y de Linares, Correos y el Banco de España combinan a distancia sus arquitecturas independientes en un juego de volúmenes verticales y horizontales muy madrileño, aparentemente insolidario, pero homogeneziado por la contemporaneidad de sus actores. Me he subido una vez a la carroza de la diosa para ver lo que ella ve: la interesantísima silueta que caracteriza ahí a Madrid por su topografía. Se elevan sus murallas construidas en perfiles irregulares y discontinuos hasta cerrar en alto a Oriente y Occidente, sus horizontes desde esta hondonada que surca la urbe. Serpea, en cambio, a lo largo de ella, el eje vertebrador por el que recibiremos en nuestro caminar la sucesión visual alternativa de fachadas y volúmenes en los que los arquitectos elegidos han dejado lo mejor de su repertorio.

Concurren a Cibeles los flujos de Alcalá y Gran Vía que bajan Alfonso XII y Alfonso XIII. (El Fénix, el Español de Crédito, desde el Oeste concentrando la arquitectura de los períodos de el Banco de Bilbao, el Banco Central, el Casino de Madrid y toda la edificación) que, desde Callao hasta la Iglesia de San José, da cuerpo a un espacio de sabor europeo particular. La calle de Alcala, hacia el Este, ha tenido siempre una vocación taurina que adjetiva a ese sector cuvo encuentro con Arturo Soria ha circunscrito Madrid. Las ciudades se forman como cuerpos, suma de órganos en torno a imanes de acción específica que dan vida a sus diferencias (oficinas, zonas comerciales, industrias, complejos deportivos, instituciones, centros de comunicación, estaciones y aeropuertos definían zonificaciones) motivadoras de barrios monotemáticos. Hoy se tiende hacia un reparto equilibrador que reduzca la necesidad de desplazamiento y posibilite una cierta autosuficiencia funcional. De manera semejante se pretende una mayor convivencia entre las clases sociales al estilo del XIX preindustrial.

Madrid, en su eje Sur-Norte, ha derivado sus funciones desde la cultural —Museos y Bibliotecas— pasando por la del trabajo en su centro empresarial en Azca, hasta concluir alrededor de la Vaguada con una poderosa concentración comercial. Hay que advertir que en el momento que la Castellana deja de transitar en hondonada para ascender al llano, se revuelve y quiebra en busca de los bajos del Manzanares por el Paseo de la Ilustración despidiendo a un ramal que se va por La Moraleja (cruzando la vieja Castilla de Aranda, Lerma y Burgos), hacia los verdes del Cantábrico.

Colón, el bello puente de Juan Bravo con su museo de intemperie que merecería atención especial, Castelar y su combinado de logros e intentos, los Nuevos Ministerios (donde S. Zuazo, brillante en la Casa de las Flores con su hispanización del racionalismo, enfría su idioma), Azca, el Estadio Bernabeu y la Plaza de Castilla (cuyo proyecto de nueva puerta se localiza justo antes de la bifurcación comentada), son piezas memorizables.

Interpretadas hasta aquí de modo somero algunas características fásicas e históricas de nuestra ciudad, recordemos otras que también imprimen carácter, para terminar con la propuesta que sentimos apropiada a sus querencias.

7. MADRID COMPREHENSIBLE

Madrid tiene todavía hoy una dimensión que se domina con la mirada. Lo pude comprobar precisamente en el último trozo del recorrido por el que les he venido guiando desde lo alto de una de las torres de Azca: el Cerro de los Ángeles, diametralmente opuesto, estaba al alcance de la mano, de la vista más bien; El Escorial, al otro lado del velazqueño parque que prácticamente empezaba a mis pies; por la vega del Jarama el campo de pan de Castilla aparecía ahí mismo; las cotas altas de Arturo Soria me impedían ver esa calle industrial en la que se ha convertido el camino de Alcalá, único por el que se escapa desordenada e incontenida la ciudad.

A la que, así recogida y limitada por un agro visualizable, se atreve uno a preguntar: «Madrid ¿Cómo quieres ser?».

7.1. Propiedad del suelo. (Este tema exigiríria un capitulo monográfico)

(Olvido en esta reflexión el prequntarle a mi ciudad, «Madrid, ¿de quién eres?». Porque la posesión es circunstancia que sólo puede detener una vocación urbana en manos de políticos demagógicos). Madrid puede elegir todavía: sólo debe darse cuenta de lo que pretende.

8. LA CIUDAD LINEAL

Siempre fue una ciudad dubitativa: comentada ya la tendencia errática de su centro, señalo ahora su incertidumbre en la elección del tipo de barrio residencial mayoritario. Y (sin remontarme a los tiempos de los Austrias en los que el crecimiento hizo que cada vivienda unifamiliar se llamara «a la malicia» y tuviera disponible aposentos para visitantes necesitados de la corte administrativa, pasando entonces a ser colectiva) quiero dedicar un recuerdo a la Ciudad Lineal, solución nuestra universalmente conocida. Arturo Soria interpreta, con su diseño, la guerencia madrileña al «chalet», conectado, por un lado, a la gran arteria que le facilitaría los servicios cívicos e infraestructurales y, por otro, al campo que le permitiría disfrutar de la naturaleza. El primer tercio de nuestro siglo ve surgir la Guindalera, el Ravo, Doctor Esquerdo, el Viso, etc., colonias que conocen, tras la euforia, un declive que resucitará para hacerse glorioso. En esta línea se crearán, durante los 40 últimos años, la Ciudad de Puerta de Hierro, Conde de Orgaz, Somosaguas, la Florida, la Moraleja, etc., que alimentan a un mercado pudiente que desparrama la ciudad con su respuesta. El último repunte que corresponde a las viviendas de protección oficial patrocinadas por «El Plan General del 84», pigmenta el contorno ciudadano de barrios de baja densidad. Madrid, en sus dudas, ha estado a punto de desvirtuar cada uno de estos proyectos: El Viso fue reconvertido en gran medida y la Ciudad Lineal produjo una tremenda desilusión en los que venían aquí con la curiosidad intelectual de conocer aquella delicia teórica.

Barcelona, cuyo crecimiento cuantitativo ha sido parejo al madrileño, no ha conocido estas aventuras. Sus habitantes siempre se decidieron por la ciudad rotunda o por el campo o el pueblo.

El tejido urbano madrileño muestra así densidades intermitentes que le permiten oferta variada. De modo parecido, los sucesivos anillos verdes, protagonistas de cada uno de los planes generales del último medio siglo, han señalado aperturas espaciales y diluido intensidades, desactivados, en parte, por las presiones de una sociedad codiciosa que, en definitiva, ha construido el Madrid que hoy vivimos: ciudad de 4.000.000 de habitantes, joven y abierta hacia el mañana por la circunstancia de su presente.

9. FIN DEL PPROCESO URBANIZADOR EN OCCIDENTE

A principios de siglo, en pleno flujo migratorio del campo hacia la ciudad, ésta sólo albergaba al 35 % de la población. Hoy la colman su 90 %, bastantes de la cual añora un regreso. Es decir, la ciudad ha tenido, en tan corto período de tiempo, que absorber, además de su crecimiento vegetativo —alrededor de un 2 %—, al 55 % de las gentes que venían a urbanizarse, a civilizarse. En el colegio nos calificaban en proporción directa a nuestra urbanidad, inversa a nuestra rusticidad. El ritmo de expansión cívico consecuente ha hecho imposible su ordenación conveniente. Por otro lado, las dos guerras mundiales, con su destrucción inmobiliaria masiva, han obligado a sustituciones urgentes que han demostrado lo peligroso de crecimientos dogmáticos y simplificadores.

Este acontecimento que la humanidad ha vivido por primera vez en los últimos 150 años, ha terminado. La mayor parte de los cascos urbanos europeos, entre ellos Madrid, reduce con suavidad su población. Si bien las aglomeraciones urbanas (ciudades regionales como Nueva York-Boston, Barcelona-Gerona, o Bilbao-San Sebastián) seguirán creciendo mientras el hombre se sienta animal social. Las transacciones y compraventas proceden ahora más de un movimiento relocalizador, con elección entre zonas que compiten entre sí, que de la ocupación del único suelo cívico disponible. Esta competencia va en favor de la calidad de vida, imperativo presente, hoy posible. La experiencia inmigradora del reciente pasado ha permitido contrastar infinidad de soluciones urbanas nuevas y compararlas con las que habían aprobado el

examen de la anterior historia. Las megápolis que lo tenían muy difícil, tales como Manhattan y París, logran ya resultados parciales admirables, incluso en el carácter de sus gentes. Avergüenza comparar hoy nuestra tradicional hospitalidad con el inveterado chauvinismo al que nos tenían acostumbrados nuestros vecinos del Norte.

10. SOCIOLOGÍA COMPARATIVA

Así que Madrid, ante el panorama que se presenta, puede tomar ejemplo desde una situación ventajosa.

Nuestra capital debe significar mucho en el concierto universal. A escala nacional ocurre que su delegación de funciones, desde su situación anterior como residencia de un Estado centralista a la actual del Estado de las Autonomías, no ha reducido su pujanza. Sus gentes, selectivamente venidas desde todos los rincones de España, le dan una riqueza humana unificadora. Su vitalidad cultural, espiritual, simbólica y política la deberían convertir en patrimonio común del que todos los españoles nos sintiéramos orgullosos. Pero, además, su focalidad lingüística podría propagar esta exultación a los 400 millones de hispanohablantes.

Hemos visto cómo esta ciudad ha dado su sello genuino a cada una de las artes, virtud que su actual talante está dando gloria. Por citar un solo ejemplo, el periodismo, profesión característica de una capital de Estado y de tradición madrileña, fertiliza todos los rincones de nuestra sociedad con un plantel de figuras sobresalientes. (Ansón, Cebrián, P. J. Ramírez desde las direcciones; Umbral, Vicent, Gala, Valcárcel, Emilio Romero, Jiménez los Santos, Haro-Teglén, Maruja Torres, J. Capmany, Pradera desde las columnas; Gabilondo, García, Antonio Herrero, Encarna Sánchez, desde la radio).

Lo mismo ocurre en las artes en este período que debemos aspirar a que nuestros nietos llamen de oro.

11. LA ORNAMENTACIÓN SIMBÓLICA DE NUESTRA CAPITAL

Si supiéramos representar en Madrid, hoy, la historia de nuestras artes con monumentos y esculturas personales y alegóricas, incluidos los que corresponden a aquellos países que hablan nuestro idioma, la haríamos lugar de cita de una población (los 400 millones de habitantes aludidos) universalmente distribuida y creciente.

Ya están aprobadas la reforma y actualización del teatro de la Ópera: donde cantaron Gayarre y Fleta sonarán las espléndidas voces que tiene España y donde voló Nijinsky bailarán los grandes de nuestro riquísimo mundo de la danza. Madrid goza del magno Auditorium y en él se interpretan, entre otras, las obras de los herederos de Soler y Falla.

Este pueblo, en el que tuvieron origen la comedia, el auto sacramental, el sainete y la zarzuela, tiene hoy una salud creativa en el mundo de la palabra, del teatro, del cine y de la imagen que palpita en los foros internacionales.

La pintura y escultura siguen enriqueciendo al mundo. Si tres de los pintores más cotizados de la primera mitad del siglo xx fueron españoles, conviven con nosotros quienes tomaron el relevo para que Madrid, si sabe, sea su escaparate.

Los grandes del torero, nuestro arte exclusivo, y del deporte deben figurar en galería tan representativa.

12. SU LOCALIZACIÓN

Tienta soñar con un glorioso Paseo de la Castellana, zonificado ya, por la vida, en tramos (comunicadores, botánicos, plásticos, marinos, mercantiles, literarios, escultóricos, militares, políticos, empresariales y comerciales) personalizados con los nuevos invitados al concierto. Hay que sumar a las espectativas de Madrid en Europa, su posición geográfica en el centro de la península mediterráneo-atlántica con una densidad humana baja. En España hay mucho espacio vacío, rareza para nuestros vecinos nórdicos a la que aspiran con ansia. Los especialistas en prospectiva vaticinan para la sociedad del mañana, capaz de autoabastecerse materialmente en un tiempo cada vez más corto, una tendencia migratoria de sentido contrario al que ha seguido en su período de industrialización, es decir, se presume un meridión deseado por quienes puedan permitirse un ocio de intemperie frecuente.

Madrid debiera darse cuenta de que las ciudades del Norte reúnen a su sociedad en espacios públicos interiores, atractivamente amueblados gracias a su poder económico, pero sienten la nostalgia histórica del ágora al aire libre, origen de nuestra cultura. Las galerías acristaladas al estilo de Burlington Arcades en Londres, o de Vittorio Enmanuele en Milán que surgieron de las Exposiciones Universales de mediados del siglo pasado en Londres y París, viven hoy su tercera o cuarta generación de éxito creciente. Desde Manhattan a Rotterdam, el marco vítreo luminoso de clima controlado se hace más cuidado y efectivo. En Madrid y a gran escala, vivimos la respuesta popular que ha tenido el Centro Comercial de la Vaguada. Y es que la polución urbana ha contaminado de tal manera nuestro ambiente que justifica, incluso en la suavidada de nuestro clima, lo carísimo de un cerramiento. Respetemos la limpieza de nuestro aire. No podemos permitirnos la profanación de tal regalo. Tomemos ejemplo de Munich o de Viena, ciudades de clima afable, de ciclo más corto que el nuestro, y apliquemos como ellas el amor y buen gusto a nuestras calles y plazas y especialmente al detalle en aquellas en las que haya mostrado querencia el hombre de a pie, el dispuesto a charlar con Séneca. Madrid lo debe tener muy claro tras el éxito persistente en los escenarios de ORIENTE, SOL, RETIRO, PRADO, CASTE-LLANA: reconvertir su corazón en el más importante salón-terraza cultural de su mundo.

13. JUSTIFICACIÓN HISTÓRICA

Las religiones, filosofías y la arquitectura que han llevado al hombre desde su condición primaria hacia el futuro nacieron bajo el sol: desde Oriente a Occidente, y siempre en nuestro paralelo. Pitágoras comprendió el Orden e hizo el Número el principio de las cosas. Los números no significan para él la relación de los fenómenos naturales a relaciones cuantitativas y calculables, sino la esencia cualitativa de cosas heterogéneas. Platón, que escucha a Sócrates en el Ágora, bajo el cielo de Atenas, comulga con Pitágoras al final de su vida cuando intenta reducir sus ideas a números. Si ambos son los padres de la Arquitectura, Platón lo fue además de Atlantis, el Oriente idealizado. Del Oriente viene la luz. Con la luz de la cultura bella. La belleza es para él «la luz y resplandor de la Verdad, la huella de Dios en las criaturas» en cuya persecución sé que me pillará la muerte hacia la Vida. Grecia, Alejandría, Roma, Sevilla, Córdoba y Toledo sintetizan en su cálido paisaje el legado de los siglos y se lo cuentan a una Europa verde. Esta recibe tanto, que no le cabe y se abre hacia América.

El Renacimiento representa el epílogo de una cultura de intemperie. La Europa rubia atenta, analítica, pero menos imaginativa, escucha desde el frío —hay judíos allá arriba— e inventa, imprime, edita, extiende y manda. Hasta que el proceso de industrialización no se acelera, este mando no se hace patente. La agricultura seguía creando mayor número de puestos de trabajo y riqueza suficiente. Se mantenía como el motor mercantil que vendía sus productos en las ferias, donde se intercambiaban las vanidades y la cultura, con música y al aire libre. Dato revelador es que cuando Iberoamérica se independiza goza de una mayor renta per cápita que Estados Unidos. Y, no hace tanto, no llega a 200 años. Pero la historia no se detiene: la actividad humana industrial se hace más compleja, exige de una administración proporcional y así se multiplican los espacios interiores, construidos, dedicados al sector terciario, de oficinas para que nos entenda-

mos. Es entonces cuando el Norte toma, ya claramente, el relevo y se lleva a sus lares el centro de gravedad del Coloquio Universal.

La naranja de Valencia es especialmente rica porque sufre un número preciso de horas de frío. La de Sevilla, donde no hiela, tiene un sabor menos cotizado. En la cuenca mediterránea se dan las horas de sol precisas al hombre que alumbra cultura. Los habitantes del Norte lograron de modo artificial, y muy esforzado—caro— lo que para nosotros era fácil, con sólo mejorar lo que teníamos. Ampliemos la oferta: tomemos ejemplo de ellos y dispongámanos a recrear el Parnaso.

14. CONCLUSION Y UTOPÍA

Exposición tan larga exige una propuesta conclusiva, corta y escueta que estará dividida en dos partes: la que se refiere al Madrid regional, y la que se reduce al corazón histórico.

1. Madrid aspira a presidir una región urbanizada que represente y convoque al mundo que habla nuestro idioma.

La comunicación entre los hombres es multiplicadora de las ideas. Hagámosla fluida, usemos de la tecnología, tanto en sus potencialidades electrónicas —cinta óptica— como en su trama viaria.

Esta debe responder a diferentes ritmos.

El casco urbano actual está centrado en una parrilla geográfica de carreteras cuyas intersecciones son los pueblos. Estos se convertirían en los ganglios (generadores de empleo, teniendo en cuenta que las industrias, salvo excepciones, no tienen ya por qué ser contaminantes. Industrias y sector terciario deben enriquecer y dar consistencia laboral a la región noroeste que describo y que está dedicada esencialmente al uso residencial) de un sistema urbano edificado linealmente según los criterios de Artu-

ro Soria, a lo largo de dichas carreteras e inmediato al campo. Para fijar esta cercanía quedaría calificado como inedificable el espacio territorial restante, una vez determinados los anchos de las bandas en cuestión.

Sólo las autopistas tendrían derecho a cruzar el paisaje agrícola o natural que de este modo se ofrece puro al paso raudo del automóvil o del tren, al ejemplo de la Europa más sabia. Inglaterra, mucho más densa que España, aplica este criterio radicalmente. Hemos propuesto hasta aquí el ritmo rodado sereno en el sistema urbano, el rápido, en las pistas radiales.

Las metrópolis, potentes imanes de atracción, no deben sufrir el tráfico que no las tenga como destino. A nuestros cinturones inacabados - Madrid, kilómetro 0, centro geométrico de una península, caso particularmente grave— habrán de sumarse los necesarios. Uno, el más alejado y de mayor importancia, haría de arteria comunicadora y vitalizante entre los núcleos urbanos en los que delegue funciones específicas la capital. Cada uno de ellos habría sido elegido por alguna de sus cualidades históricas: El Escorial, corte univeristaria, biblioteca estelar; Manzanares el Real y Guadalix con los embalses de Santillana y El Vellón; Talamanca histórica, en la ribera del Jarama; Alcalá, Universidad y vega del Henares; Arganda y Chinchón históricas; Aranjuez, corte fluvial v deportiva; Toledo imperial sobre el Tajo; Torrijos, Maqueda y Escalona, capitales agrícolas, la última sobre el Alberche; San Martín de Valdeiglesias, corazón recreativo sobre el pantano de San Juan y Robledo de Chavela, conectada al Universo, serían las protagonistas de este anillo circulatorio perimetral al que se incorporaría la tecnología electrónica comunicativa hoy posible. El movimiento rodado del interior así circunvalado, se reservaría a los habitantes locales o sería fiscalizado convenientemente. Los medios de transporte colectivo (el tren de cercanías, fundamentalmente) con parada en cada plaza ganglionar absorberían el flujo excesivo hacia y desde el casco metropolitano

Una ciudad regional de estas características debe estar cerca en el tiempo de sus hermanas planeterias. Situemos los parques tecnológicos —lugares de encuentro de los inventores de futuro—y los aeropuertos, motivadores máximos de intensidad urbana, allí donde pensamos que ésta debe incentivarse. De nuestra reflexión se desprende que tanto Aranjuez como El Escorial deberían hacerse barrios madrileños. Con los nuevos aeropuertos adecuadamente próximos, estas dos ciudades, además de Toledo, serían las estrellas máximas del circuito perimetral definido.

En el territorio descrito habría de mantenerse un equilibrio entre los amplios espacios rústicos, los ganglios productivos, los urbanos lineales y los dedicados al ocio. Para ello convendría la estructuración del aprovechamiento paisajístico y deportivo del agua en zona tan sedienta como la nuestra. —Da pena ver desde el aire graveras y excavaciones que son heridas que sufren las cauces del Jarama y Manzanares en puntos inmediatos a Madrid—. En el último plan general ya se hizo una propuesta tímida que podría ser el origen de un sistema ambicioso de cursos de agua y embalses que argumentaran estratégicamente nuestro territorio. Brasilia, para merecer su capitalidad, construyó un nuevo lago; Madrid lo tiene más fácil. Conviene recordar que Felipe II quiso hacer navegable el Tajo hasta Aranjuez; realmente quiso traer naves de Lisboa a Madrid ⁸.

2. Terminaremos ordenado el centro histórico. Su corazón verde en extensión se trasladaría —según anterior sugerencia— a El Pardo desde el Retiro que se refinaría como primor cultural.

Esperamos que los cinturones M-30 y M-40, tras larguísimo debate, alcancen su ubicación definitiva de modo inmediato. Nos

⁸ TAJO.—En tiempos de Felipe II, el ingeniero J. B. Antonelli, realizó algunos trabajos encaminados a habilitar el Tajo para la navegación, llegando a realizarse algunos viajes desde Toledo a Portugal.

En 1828, F. J. Cavanes realizó nuevos estudios y en 1860 se ensayó el transporte por el río de cargamentos de fosfatos, no resultando rentable, por lo que se abandonó la idea.

acercamos a Sol. Elegimos dos cinturones interiores como únicas calles de circulación en doble sentido dentro de la vieja ciudad que quedan especificados en los planos que acompañan a la publicación de este discurso. El primero, de rondas, tiene por objeto recoger la circulación externa, localizar los aparcamientos disuarios y emplazar las estaciones de transporte colectivo. Su ritmo es rápido urbano.

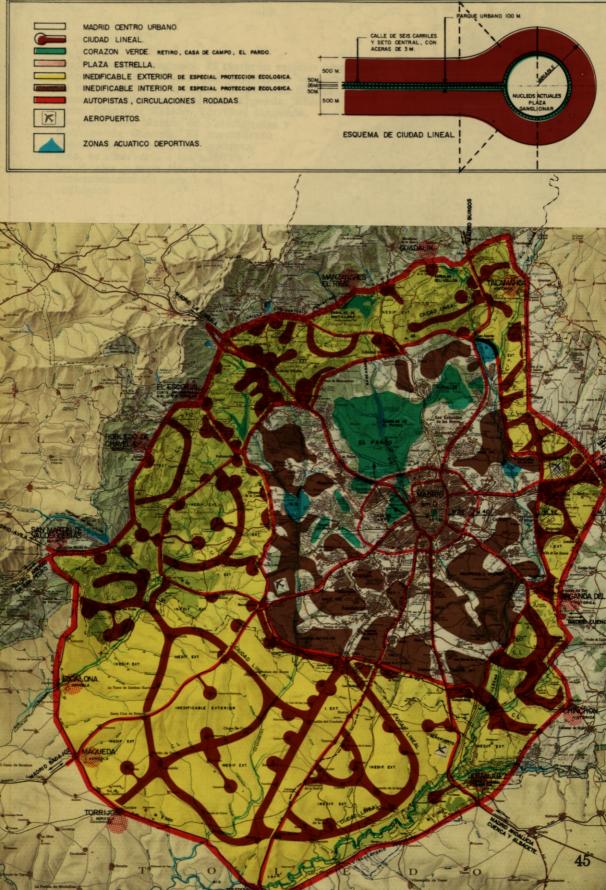
El segundo contornea el corazón de la ciudad que no podría ser atravesado por circulación rodada. Su ritmo es moderado. Por él se accede, a cualquiera de sus puntos internos, desde lazos que a él vuelven, de los que se derivan los correspondientes ramales en fondo de saco.

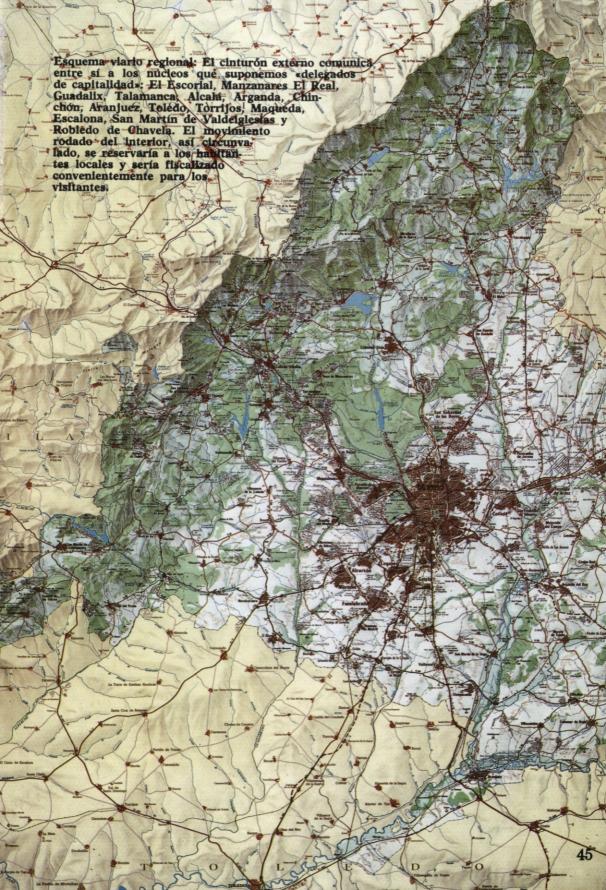
La ciudad así alcanzada por el transporte privado, es servida en proporción complementaria por el transporte colectivo, fundamentalmente subterráneo y más intenso a medida que se acerca al centro. Se acompaña a la publicación de estas palabras con un conjunto de propuestas gráficas que tratan atentamente los ejes comentados. Se establecen itinerarios peatonales continuos que comunican, por medio de circuitos de longitudes distintas, los puntos neurálgicos de la ciudad. Queda, así, Madrid en su corazón central y en el de los demás barrios, dedicada a quienes la miran y se miran paseando; la ven despacio, la aprecian en sus detalles, en sus jardines y flores, la comentan en susurro y, sobre todo, la quieren. Se cumpliría entonces el viejo refrán «Desde aquí al cielo» a ver, por fin, a Aquel tras cuya huella la belleza vivimos.

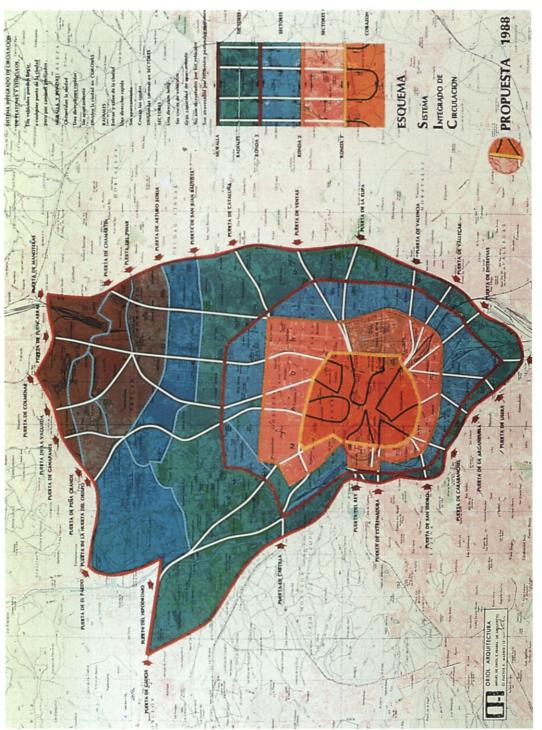
Pero antes de llegar allí habríamos sumado al conocimiento universal lo que ciudad tan guapa nos hubiera inspirado.

Para terminar: Madrid querido, mantente humilde y anárquico para que sigamos enamorados de ti quienes aspiramos a domarte.

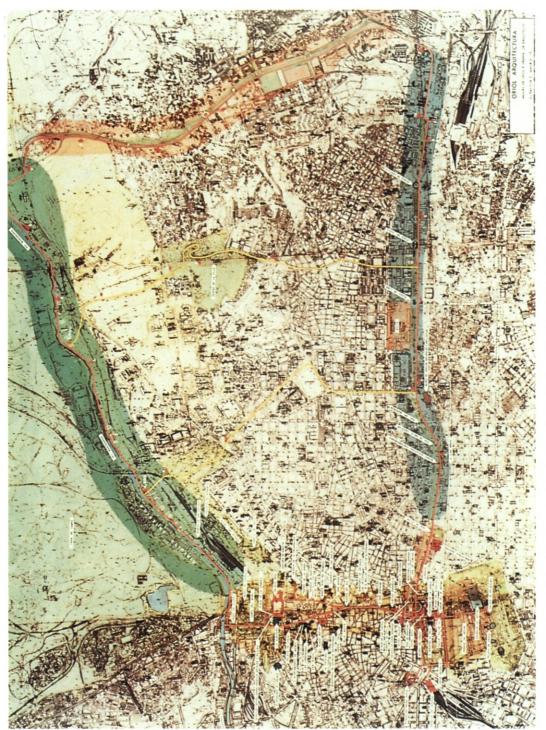
Gracias.







Sistema de Rondas viartas: — Conviene destacar la Ronda interior de la que sólo parten lazos hacia el Centro urbano que no es atravesable. — El círculo rojo rodea al Palacio Real y a la Plaza de Oriente.



Esquema de los tres circuitos peatonales con base en la calle Felipe IV y Mayor y lados extendibles a lo largo del Paseo de la Castellana y del río Manzanares.



Tramo horizontal de la Gran Vía con terrazas al servicio del peatón.

El ancho de la calle en este sector es de 36 metros, con lo que la circulación rodada mantendría su ritmo, su anchura, y el paseante gozaría, sin ruidos ni humos, canalizados, del amplio espacio urbano, recuperado en sus fachadas.

Si la idea tuviera éxito, se podría extender de modo continuo entre la Red de San Luis y la Plaza del Callao.



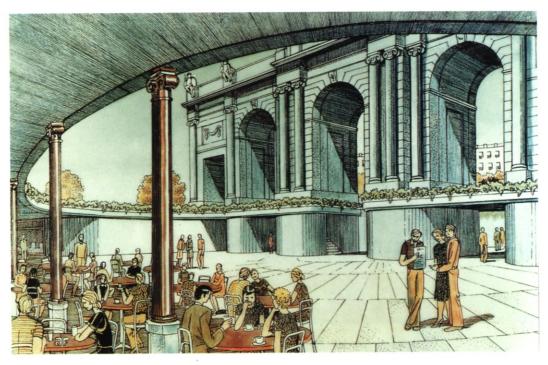
Por la Puerta de Alcalá, como por todas las puertas del mundo se pasaba, Incluso para ir a los toros, a pie, a caballo o en carroza. Cuadro de Lizcano.



Vista desde la tranquilidad del Retiro. Grabado de Parcerisa.



Desde El Retiro, por túneles, o desde la acera que conecta a la calle de Serrano con la de Alcalá, se podría acceder a una plaza sumergida desde la que se caminaría hacia Cibeles por la mediana descendente a ella, pasando bajo la Puerta de Alcalá.



El espacio urbano creado nos daría paz en una isla; conexión entre el Gran Parque y la médula vital madrileña.



El camino entre Cibeles y la Puerta de Alcalá.



Desde su antiguo emplazamiento, La Cibeles miraba, allá a lo lejos, a Neptuno. Arriba se ve la Puerta de Alcalá.



Las gentes se congregaban a su ardededor como en la Plaza Navona, o en la Fontana de Trevi.



Propuesta: que convida al peatón a ver lo que hoy sólo ve la Diosa.



Entrada a la Plaza desde el actual Ministerio del Ejército.



El Museo de El Prado de J. de Villanueva era así y su entrada por Felipe IV estaba al nivel de la Planta noble superior.



También era así.



Y Neptuno devolvía la mirada a Cibeles.



Se comunica la entrada del Proyecto original con la Plaza elevada de Neptuno, para llegar al Palacio de Villahermosa en suave rampa.



El Salón y el Paseo de El Prado serían dominio ininterrumpido del peatón.



Propuesta en la Plaza de Oriente:

Se sumerge la calle Bailén.

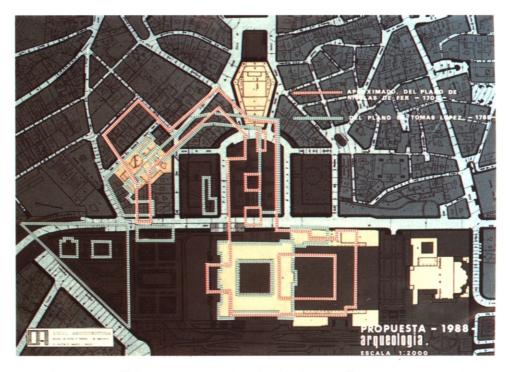
Se crea un aparcamiento subterráneo bajo la Plaza de Oriente para unos 1.000 automóviles: 180 para residentes con emplazamiento específico, en entreplanta particular.

Se sitúa una gran estación de autobuses en el sótano primero, que valdría también de servicio de andén de decorados para el Teatro Real.

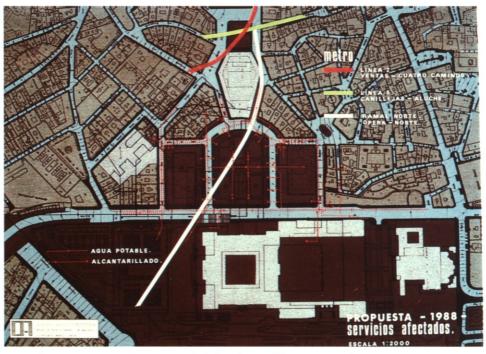
En esta cota se situarían las paradas de autobuses municipales y los accesos al metro.

Se proyecta bajo la Plaza de la Armería un gran museo de tapices, aprovechando el hueco sobre el que se asienta.

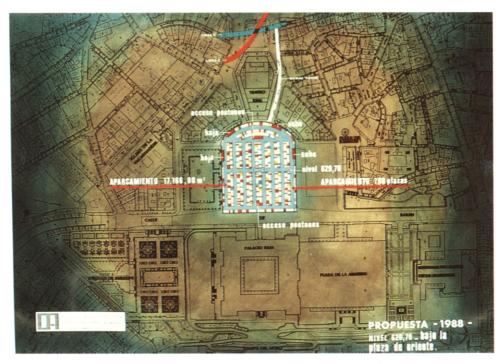
Se reserva el total de la superficie al aire libre para el peatón o las entradas oficiales a Palacio.



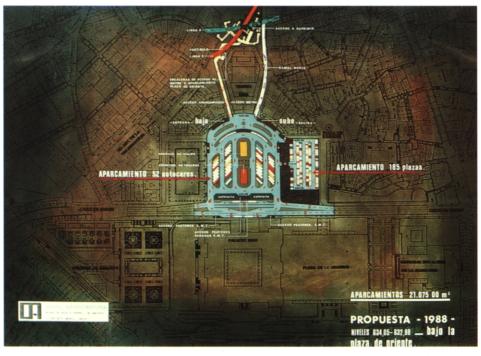
Plano arqueológico que resume las cimentaciones antiguas que se encontrarían en la excavación.



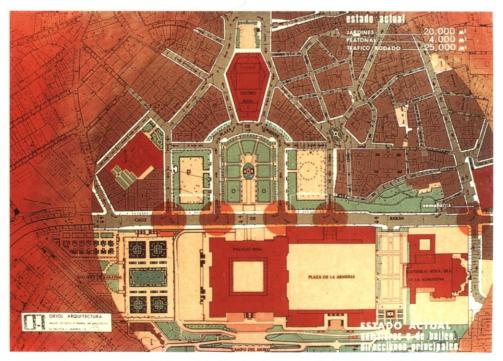
Servicios esquemáticos que habrían de modificarse con el propuesto proyecto. La galería del metro hacia Norte no se vería afectada.



Sótano segundo. Aparcamiento público para 768 plazas.

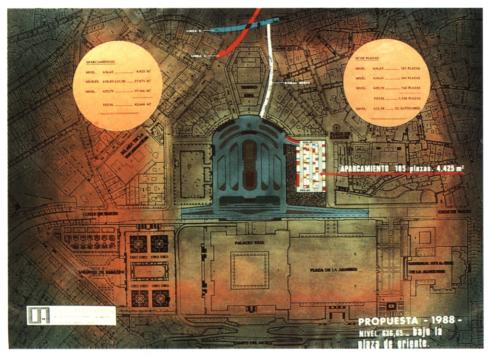


Sótano primero y entreplanta. Estación de autobuses y aparcamiento de residentes para 185 plazas. Andén de decorados del Teatro Real.



Parque en superficie reservado al peatón y a las entradas rituales.





Entreplanta. Aparcamiento para residentes. 185 plazas.



Vista del proyecto propuesto desde el Campo del Moro. Con la entrada al Museo de tapices en primer plano.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ ANTONIO DOMÍNGUEZ SALAZAR

DISCURSE DE CONTESTACION

Warmen op De Ince ANTONIO DOMINGHEZ SALAS

Señores Académicos:

Viene a mi memoria, con motivo del solemne, pero también jubiloso acto académico que hoy celebramos, el ambiente, que aunque imponderable, se dejaba sentir en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid en el diario discurrir de la década de los años cincuenta, donde un alumno, Miguel de Oriol e Ybarra, entonces cachorro de arquitecto, destacaba y se distinguía por la dedicación, el enstusiasmo y afán que ponía en profundizar en lo que era su vocación y por las condiciones innatas y naturales que adornaban su joven personalidad en relación con su futuro oficio. En lógica correspondencia a la excelente calidad alcanzada en sus trabajos y ejercicios de Escuela, consecuencia de esas sus condiciones naturales, esfuerzos y afanes, le fue concedida la calificación de Sobresaliente en la asignatura de Proyectos del último año de carrera, calificación muy raras veces otorgada entonces, en la Escuela de Arquitectura.

Oriol nace en Madrid en 1933 y su vocación de arquitecto, dejando a un lado sus innatas condiciones para el oficio, es el resultado de la perfecta simbiosis que en él se produce por el ambiente familiar que respira y en el que se forma, al heredar de su abuelo paterno José Luis de Oriol y Urigüen lo que en sí lleva consigo la formación de arquitecto, que disciplina y pone orden en su intuitiva imaginación y por el sentir, ante toda manifestación artística, de su madre, de la familia Ybarra y Lasso de la

Vega, que pudiera ser expresado y ya que de Arquitectura vamos a tratar, cuando ante análoga circunstancia Le Corbusier decía: «algo, un edificio, una obra plástica, de pronto me toca el corazón, me hace bien y digo esto es bello, el arte está presente, soy feliz». Otra señal inequívoca del sentir el arte que en su familia se respiraba, es la importante colección de pintura española contemporánea que formó el Conde de Ybarra, que está recogida en una muy cuidada edición. En este ambiente crece, se desarrolla y forma Miguel de Oriol, cuyo resultado es la vocación que por su posterior hacer profesional y por su oficio ha demostrado tener.

Hoy le recibimos jubilosos en la Academia, adonde viene para ocupar el sillón y ostentar la medalla que dejó vacante el inolvidable José María García de Paredes, de cuyo imborrable recuerdo yo quisiera que estas breves pero sinceras palabras fueran la mejor expresión de su destacada personalidad humana y profesional. Del discurso que leyó en esta Casa, con motivo de su recepción académica, entresaco, como muestra de su delicada y fina sensibilidad, el siguiente párrafo, dicho después de realzar los méritos de los arquitectos que en el pasado ocuparon su sillón: «y detrás de mí otros vendrán a ostentar esta noble medalla. Quiero ya, desde este momento, hacer el elogio de estos aún desconocidos arquitectos. Los más inmediatos existen ya, y sin duda son ya distinguidos en su obras y en sus pensamientos». El primer reconocimento en esta Institución de la destacada personalidad de Oriol, es el de García de Paredes. Aunque la importante identidad de éste y su brillante dicción profesional quedan ya reflejadas en el discurso del nuevo académico, que acabamos de oir, de sus obras destacaré las magníficas Salas de Conciertos de Granada (Falla), Valencia, Madrid y en construcción la de Cuenca, que son modélicos y verdaderos prototipos de edificios musicales. El sintió en verdad la estrecha relación de la Arquitectura y la Música, en las que la armonía y la belleza se alcanzan con relaciones numéricas. Esta su devoción por toda manifestación arquitectónica-musical le valió el cariñoso y expresivo título de Arquitecto de los músicos, con el que con agradecimiento y afecto se dirigían a él nuestros compañeros de la Sección de Música.

Es difícil resumir en el reducido espacio de tiempo admisible en actos como éste, el brillante camino profesional recorrido por Oriol, que se inicia cuando con el título de Arquitecto obtenido en 1959 y para completar su formación consigue una beca «Fullbrigth» de la casa Americana, para estudiar un año «City Planning y Escultura» en la Universidad de Yale, donde termina sus estudios con la máxima calificación del curso.

De nuevo en Madrid, lleno de entusiasmo, de ilusionados afanes y de amor a su oficio, inicia su actividad profesional, siempre en el ejercicio libre de la profesión; actividad que, a pesar del tiempo, cada vez mayor, que le absorbe, la complementa con la de conferenciante siempre ameno, y con la de articulista y escritor de buena pluma, tanto en publicaciones y revistas profesionales como en la prensa diaria.

Su obra abarca un extenso campo de actividades dentro de la arquitectura y del urbanismo, pero ahora y antes de referirme a ella, se me presenta la cuestión de situarla dentro del contexto de la Arquitectura Moderna y para mejor analizarla primero y situarla después, recurro al arquitecto Philip Drew, profesor de Historia de la Arquitectura en la Universidad de New Castle (Australia), quien distingue tres generaciones de arquitectos en el discurrir por la Arquitectura Moderna: la primera comprende la de los arquitectos nacidos entre 1870 y 1900, la segunda y tercera la de los nacidos entre 1900 y 1920 y entre 1920 y 1940 respectivamente. Por razones obvias, prescindo de dar los nombres de los muchos y prestigiosos arquitectos españoles que pudieran añadirse a los de los arquitectos extranjeros que cita Philip Drew, y que, a continuación voy a citar.

Frank Lloyd Wright, Walter Gropius, Mies van der Rohe, Le Corbusier corresponden, entre otros, a la Primera; Alvar Aalto, Louis Kahn, Jasobsen, Philip Johnson, Eero Saarinen, etc., y Paul Rudolph, Utzon, Kevin Roche, Robert Venturi, Stirling, etc., son quizás respectivamente los arquitectos más representativos de las otras dos generaciones, en la última de las cuales, y dentro de su natural evolución, se desarrollan lasva Tendencias actuales de la Arquitectura Moderna», que son las respuestas y la expresión del sentir de los arquitectos ante la compleja realidad actual.

Con brevedad y en resumen, para al final llegar al punto propuesto, al analizar las obras de los arquitectos de la «Primera generación» se puede afirmar que ninguna de sus figuras destacadas fue funcionalista puro, pues la obra siempre va unida a las intenciones estéticas y el mismo Le Corbusier, con independencia de que así lo manifiestan sus obras, afirmaba en uno de sus escritos que sólo «los edificios con capacidad para evocar una respuesta agradable permite calificarlos de Arquitectura».

En la «Segunda generación», la Arquitectura tiende en su evolución a dar un mayor valor al sentimiento, evolución que inicia sigue Le Corbusier en sus últimos años y en sus últimas obras, para llegar después a la «Tercera generación» que si, por un lado, reacciona contra el funcionalismo puro y la tecnología, que por sí solos no habían llegado a un compromiso con la compleja «humanidad del hombre», por otro, se ve implicada en la incertidumbre general que envuelve y acompaña al mundo de esta «era espacial» en que vivimos, en el que el descubrimiento de los medios electrónicos y de las computadoras, la aparición de nuevos materiales y nuevas técnicas, la velocidad y la masificación, las transformaciones socio-económicas, los problemas demográficos y los originados por la nuevas necesidades culturales, del ocio y del tráfico, etc., y los derivados de la problemática de los edificios y barrios históricos, son realidades que inciden en el pensamiento humano del momento actual y de una u otra forma en la arquitectura y si además y quizás por su causa, unimes que la «gente», como opinaba Luis Moya, nuestro ilustre compañero académico fallecido este

año, siente «hambre de formas» y si no encuentra las suficientes para satisfacerla en las obras de los arquitectos, las añade por su cuenta, sin discriminar entre lo verdadero y lo falso, se comprenden las inquietudes creadas en los arquitectos, en su proyectar y en su construir, en contraste con la firme convicción de los años veinte en los que la tecnología alcanzada entonces y el racionalismo llevaban a buen fin.

La «Tercera generación», al estimar que la Arquitectura debe contar con toda esta compleja realidad actual, reconoce la posibilidad de emplear varios lenguajes para expresar la riqueza de la vida y esta diversidad en la expresión que es, ante el reto planteado por aquélla, la respuesta que se juzga adecuada para no separar la Arquitectura de la realidad vital, origina las «Tendencias actuales de la Arquitectura Moderna», análogamente a como en el siglo pasado la revolución industrial, con todo lo que este hecho supuso en todos los órdenes del vivir, fue causa, origen y punto de partida de la «Arquitectura Moderna».

La Arquitectura de todas las «Tendencias» tiene como punto de partida común la Arquitectura de la «Primera generación» y el cumplimento en todo momento de la función, pero su lenguaje formal es más amplio, rico y disperso en sus diferentes «Tendencias», con la inclusión en la problemática de cada situación de todas sus complejidades, lo que conduce a considerar que una Arquitectura será válida si consigue crear la difícil unidad de la inclusión en lugar del camino más fácil de la exclusión.

Oriol, por la fecha de su nacimiento, pertenece a la «Tercera generación» y como a continuación podremos apreciar, su Arquitectura, la que hace, crea y siente, y desarrolla con su propia personalidad, podemos incluirla en las «Tendencias actuales de la Arquitectura Moderna». Cuando él estudiaba en la Escuela de Arquitectura se inauguran en Nueva York el edificio de la ONU, según anteproyecto de Le Corbusier y proyecto de Wallace, Har-

rison v Abramowitz, la conocida «Lever House» de «Skidmore, Owings and Merrill» con Gordon Bunshaft, y el «Seagram Building» de Mies van der Rohe, con la repetición de un módulo como base de la composición de sus fachadas, pero en las obras de Arne Jacobsen, Eero Saarinen v Alvar Aalto de la «Segunda generación» late ya un mayor valor del sentimiento y la expresión, y en esta línea evolutiva, Gropius en los Estados Unidos desde los años 40, no quiso plantearse la versión americana de la Bauhaus, emplea con frecuencia los términos de «Arte» y «Belleza» y proyecta entre otros muchos edificios la embajada de los Estados Unidos en Atenas, en el que con una expresión actual, se desea manifestar el espíritu de la historia de la cultura local, lo cual supone que la expresión puede transmitir un significado, concepto que la «Tercera generación» ha pretendido recuperar, ya que el funcionalismo puro privó a la «Arquitectura Moderna» de la riqueza de la significación, y, finalmente, Le Corbusier a los efectos que deseo resaltar, ya septuagenario, proyecta en 1954 la Iglesia de Ronchamp, edificio en el que al expresarse con claridad la primacía del sentimiento, precipita la crisis del racionalismo.

Oriol, que ha vivido esta evolución y vive, siente y está inmerso en la compleja realidad del momento actual y con el conocimiento, necesario siempre, de los estilos históricos, y el completo dominio de las técnicas correspondientes al buen uso de los materiales y sistemas constructivos que emplea, parte también en su hacer profesional de la Arquitectura y conceptos desarrollados por la «Primera generación», reacciona también contra el funcionalismo puro, pero no lo elimina, sino que lo completa con el ideal de la belleza, concepto, que aunque quizás de modo inconsciente, está siempre presente a lo largo de su proceso creador, se siente manierista y barroco y para él una ordenación válida debe contar con todas las circunstancias de la compleja realidad, debe alcanzar la unidad difícil de la inclusión y (como Robert Venturi de la «Tercera generación») prefiere «esto» y lo «otro» en vez de «esto» o lo «otro» para con todo ello «volar (según frase suya) en un perpetuo

intento hacia donde nunca se llega, hacia el Arte». Arte como medio de expresar la belleza, deleite espiritual que el hombre como congénita necesidad busca sin cesar, con la mayor dedicación y esfuerzo, por todos los diversos caminos que por la natural evolución de la vida se abren, con la esperanza, aunque quizás también inconscientemente, de alcanzar en el último término de su afán, una imagen de absoluta perfección: la imagen de Dios.

Al no ser esta la ocasión de hacer el índice de los trabajos realizados por Oriol, a lo largo de los años que lleva en el ejercicio de su profesión, me impide enumerar con detalle todas sus obras, citar todas las distinciones que por su personalidad le han sido concedidas, ni relacionar todos los premios que en concursos ha obtenido, pero sí, al menos, voy a mencionar, como muestra de su hacer, algunas de aquéllas y varios de éstos:

En 1964 obtiene el 2.º accésit en el concurso internacional convocado en Madrid para la construcción del Teatro de la Ópera.

En Guipúzcoa le conceden el «Premio Aizpúrua 1967» por el complejo de Estudios Universitarios y Técnicos de Guipúzcoa, construido en San Sebastián.

Obtiene un accésit en el concurso de ante-proyectos convocado para la construcción de la Universidad Autónoma de Madrid.

Gana los concursos restringidos convocados para la construcción del edificio de oficinas «María de Molina» y para el de las emisoras de la cadena «SER», ambos en Madrid, etc.

Desde 1988 forma parte del Jurado que concede los premios «Príncipe de Asturias» de las Bellas Artes.

Ha realizado trabajos de investigación sobre superficies alabeadas y continuas, trabajos que se han publicado en diversas revistas profesionales.

Ha impartido durante los años 1961-62 y 1962-63 la enseñanza



de Proyectos, como encargado de la cátedra del 5.º Curso, en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid.

Son obra suya multitud de residencias particulares y colectivas como las de don Jacobo Hachuel, señores de Lapetra, Paternina, Wakonigg, Santos, etc., y como las de las calles del Pisuerga c/v a la de Rodríguez San Pedro, y de Serrano número 189 y la de la Plaza de San Andrés, etc., todas en Madrid.

Entre los edificios de oficinas y comerciales, se pueden citar además de los anteriormente mencionados, el de la sede social y el de las oficinas generales de Hidro-Eléctrica Española, S. A., en la calle de Hermosilla, número 3 y en la calle de Claudio Coello, números 53 y 55 respectivamente, y el recientemente inaugurado «Edificio Torre Europa», en el Paseo de la Castellana, número 95, éste ganado en el concurso restringido, convocado para su construcción, etc.

Son muchos los edificios industriales, centrales térmicas y nucleares en cuyos trabajos de proyecto y dirección ha intervenido.

Ha proyectado y construido hoteles de viajeros en Madrid (Hotel Convención), en Torremolinos, Mallorca y Guadalajara, además de la «Residencia San Jaime», en Estepona, para los empleados del Banco Español de Crédito.

Ha proyectado numerosos poblados y diversas urbanizaciones así como el «Centro Cívico-Turístico» del Puerto de Santa María. Las construcciones culturales, religiosas, escolares, deportivas y los complejos de viviendas han sido igualmente temas desarrollados con acierto por Oriol.

La restauración y rehabilitación de edificios históricos es un campo en el que también ha actuado con éxisto y buen criterio, como lo atestiguan las obras realizadas en el Monasterio de Alcántara (Cáceres), en el Palacio Mudéjar de Layos (Toledo), en los claustros de Santo Domingo en Jerez de la Frontera y en la «Casa de Infantes» de El Escorial, etc.

Como uno de sus más recientes proyectos cito el Pabellón del Vaticano en Sevilla para la «Expo 92».

Finalmente su inquietud ante los problemas que en las ciudadades se plantean, por las circunstancias siempre cambiantes que en ellas se desarrollan, le llevan a estudiar y a proponer con imaginación y buen sentido, soluciones que los resuelvan, como es la reciente propuesta, publicada en la prensa, para remodelar la Plaza de Oriente.

La profunda profesionalidad de Oriol, como en éstas y en todas sus obras queda patente, la erudición, la inventiva y la visión de futuro a la vez, como se ha podido apreciar en su discurso, conque trata los temas por los que se interesa, estarán, a no dudar, presentes en su futura labor académica y por la certeza de estas relevantes presencias, la Real Academia se felicita, por lo que pueda suponer su incorporación a sus nobles quehaceres, para el mejor cumplimiento y desarrollo de sus fines estatutarios.

Valoro en alto grado el honor que la Academia me ha dispensado al concederme el uso de la palabra, para en este solemne acto contestar con este mi discurso, en su nombre y de forma oficial y pública, al discurso leído por el nuevo académico y para expresarle, además, la más cordial y afectuosa bienvenida a esta casa, que desde ahora es también la suya.

Cumplida esta honrosa y grata misión, puedo ya considerar que un nuevo vínculo personal con él me une, que se suma al de nuestra amistosa relación de siempre.

La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando abre hoy, para ti, sus nobles y seculares puertas.

Sé bienvenido y enhorabuena.

Conto uno de sus más recientes proyectos ento el Pabellón del Vatitismo en Sevilla para la «Expo 22», ento ento esta como sev

Finalmente su inquietati ante les problemas que en las ciudadades se plantean, por les circurstancias siempre cambiantes que en elles se describilan, le lievan a estudiar y a proponer con imaginación y buen sentido, soluciones que los resusivan, como es la reciente propuesta, publicada en la prensa, para remodelar la Plaza de Griente.

La protunda profesionalidad de Uriol, como en estas y en todas sus obras queda patema. In erudicione la inventiva y la vision de feturo o la vez, como de ha podido aprecimen en et dacetiso, conque crata los tenas por tes que sa interesa; estantal, a no dodan, presentes en su futura labor académica y por la certeza de estas relevantes presencias, la Real Academia se lebeita, por lo que pueda caponer su incorporación a sus nobles quebaceres, para el mejor camplimiento y desarrollo de sos fines estatutarios.

Valore en alte grace et nonor que la Arademia me ha dispenado al concederne el uso de la palatini, para en este solenme acto confestar con este un discusso, en su nombre y de forma official y pubblica, al discusso leido por el mesvo académico y para expresarle, además, la una condial y afectuora bienvenida a esta casa que desde anora es fambién la suya.

Complida esta nontesa y grata misión, puedo ya consideral que un nuevo vinculo personal con el me une, que se soma al de nuestos amistosa relación de siempre.

La Real Academia de Bellas Artes de San Ferrando abre hoy, para la successión de la como la co

De este Discurso
se tiraron 1.000 ejemplares,
de los cuales se numeraron
los 150 primeros, y se imprimió
en Imprenta Aguirre.
Madrid, 1990

Se titation 1 000 ejemplares, de los cuales se numeraron los 150 primeros, y se imprimie en limprenta Agutte Madrid 1900

Se ticaton 1 000 ejemplares, de las cuales se numeraran an limpienta, y se imprimic en limpienta Aguirre Madral 1000

Se ticaton 1 000 ejemplares, de las cuales se numeraran an limpienta, y se imprimic en limpienta Aguirre Madral 1000

